

22° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO



La liturgia del 22° Domingo del Tiempo Ordinario nos invita a descubrir la "locura de la cruz": el acceso a la vida verdadera y plena que Dios nos ofrece, pasa por el camino del amor y de la donación de la vida (cruz).

En la primera lectura, un profeta de Israel (Jeremías) describe su experiencia de "cruz". Seducido por Yahvé, Jeremías puso toda su vida al servicio de Dios y de sus proyectos. En ese "camino", tuvo que enfrentarse a los poderosos; por eso, conoció el sufrimiento, la soledad, la persecución. Esa es la experiencia de todos aquellos que acogen la Palabra de Yahvé en su corazón y viven en coherencia con los sus valores.

La segunda lectura invita a los cristianos a ofrecer la existencia de cada día a Dios. Pablo asegura que ese es el sacrificio que Él prefiere. ¿Qué significa ofrecer a Dios toda la existencia? Significa, de acuerdo con Pablo, que no nos conformamos con la lógica del mundo, que aprendemos a discernir los planes de Dios y a vivir en consecuencia.

En el Evangelio, Jesús avisa a los discípulos de que el camino de vida verdadera no pasa por los triunfos humanos, sino que pasa por el amor y por la entrega de la vida (hasta la muerte, si fuera necesario). Jesús va a recorrer ese camino; y quien quiera ser su discípulo, tiene que aceptar el recorrer un camino semejante.

El Señor nos invita a seguirle. Pero él va delante. Su cruz nos trae ahora el misterio de salvación que celebramos en la Eucaristía: su vida entregada hasta el final; su cuerpo y su sangre compartidos; y su vida resucitada como signo y anticipo de la nuestra. Mejor buena noticia, imposible

PRIMERA LECTURA

La Palabra del Señor se volvió oprobio para mí

Lectura del Profeta Jeremías

20, 7 - 9

Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir;
me forzaste y me pudiste.

Yo era el hazmerreír todo el día,
todos se burlaban de mí.

Siempre que hablo
tengo que gritar
«Violencia»,
y proclamar
«Destrucción.»

La palabra del Señor se volvió para mí
oprobio y desprecio todo el día.

Me dije:
no me acordaré de él,
no hablaré más en su nombre;
pero la palabra era en mis entrañas
fuego ardiente, encerrado en los huesos;
intentaba contenerla,
y no podía.

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

Jeremías nació en Anatot (al norte de Jerusalén), hacia el 650 a. de C. Aún joven (hacia el 627 - 626) sintió que Dios le llamaba a ser profeta. La actividad profética de Jeremías se prolongó hasta después de la destrucción de Jerusalén por los babilonios (586 a. de C.) El escenario de la actividad del profeta fue, en general, el reino de Judá (y, sobre todo, la ciudad de Jerusalén).

Jeremías vivió una época histórica bastante turbulenta. Fue un período de gran inestabilidad, de injusticias sociales que clamaban al cielo, de infidelidad religiosa. Ya Joaquín (609-597 a. de C.) ya Sedecías (597-586 a. de C.), fueron reyes débiles, incapaces de responder con éxito a las exigencias de la coyuntura internacional y de mantener una política de neutralidad en relación con las grandes potencias de la época (sobre todo con Egipto y con Babilonia). Jeremías, convencido de que Judá estaba siendo infiel a Dios al dejar de confiar en Yahvé y poner su seguridad y su esperanza en las manos de pueblos extranjeros, criticó duramente a los líderes del Pueblo y anunció una invasión extranjera, destinada a castigar los pecados de Judá.

La predicación de Jeremías no fue bien aceptada por el Pueblo y por los líderes. Considerado un "profeta de la desgracia", Jeremías solamente consiguió crear vacío a su alrededor y vio cómo sus amigos, sus familiares, sus conocidos le dieron la espalda. Conoció la soledad, el abandono, la maledicencia. Acusado de traición y encarcelado (cfr. Jer 37,11-16), el profeta llegó a correr peligro de perder la vida (cfr. Jer. 38,11-13).

Jeremías es el paradigma de los profetas que sufren a causa de su misión. De naturaleza sensible y cordial, hombre de paz, Jeremías no estaba hecho para el enfrentamiento, para la violencia de palabras y gestos, pero Yahvé le llamó para "arrancar y destruir, para exterminar y demoler" (Jer 1,10), para predecir desgracias y anunciar destrucción y muerte (cf. Jer 20,8). Como consecuencia, fue continuamente objeto de desprecio y de risa y todos le maldecían y se apartaban si él abría la boca (cf. Jer 11, 18-23; 12,1-6; 15,10.15-20; 17,14-18; 18,18-23; 20,7-18). Y ese hombre bueno, sensible, delicado, sufría terriblemente por el abandono y por la soledad a la que la misión profética le condenaba.

Jeremías estaba, verdaderamente, apasionado por la Palabra de Yahvé y sabía que no tendría descanso si no la proclamaba con fidelidad. Pero, en los momentos más negros de soledad y de frustración, el profeta permitió, algunas veces, que la amargura que le hería el corazón surgiese por su boca transformada en lamentos. Entonces se dirigía a Dios y le censuraba ásperamente por los problemas que la misión le acarreaban.

En el Libro de Jeremías aparecen quejas y lamentos del profeta, condenado a esa vida de aparente fracaso. Algunos de esos textos son conocidos como "confesiones de Jeremías" y son verdaderos desahogos en los que el profeta expone a Yahvé, con sinceridad y rebeldía, su desilusión, su amargura y su frustración (cf. Jer 11, 18-23; 12,1-6; 15,10.15-20; 17,14-18; 18,18-23; 20,7-18). El texto que hoy se nos propone forma parte de una de esas "confesiones".

1.2. Mensaje

El texto nos presenta una desconcertante oración de Jeremías realizada en un momento dramático de desilusión y de desánimo (cuando, preso por los ministros de Sedecías, es echado en una cisterna y se hundía en el lodo, cf. Jer 38,4-6).

Esta extraña oración adopta la forma de denuncia o de acusación del profeta a su Dios. Esa acusación es formulada a través de la imagen de la "seducción": es como si Yahvé hubiese enamorado al profeta hasta el punto de seducirlo (el verbo "pth", aquí utilizado, aparecen en Ex 22,15 para hablar de la seducción de una joven soltera). Dios se insinuó en la vida del profeta, lo presionó, subyugó, dominó y el profeta no supo cómo resistir la insistencia de Dios (verbo "yhl", utilizado en el v. 7 para definir la forma como Dios actuó en relación con el profeta, significa "ejercer el poder", "prevalecer sobre alguien", "dominar"). El profeta, adormecido por las promesas de ese Dios seductor, incapaz de resistir ante su "insistencia" y sus juegos de seducción, presionado, dominado, violentado, se entregó completamente en sus manos y dedicó toda su vida a su servicio.

¿Qué ganó el profeta con esa entrega? Nada. El Dios que le sedujo, que le forzó a dedicar su vida al servicio profético, lo abandonó miserablemente y lo entregó a los insultos y a las mofas de sus adversarios. El profeta está desilusionado, decepcionado. Esa desilusión se transforma en una resolución firme de desoír la voz del seductor: "no me acordaré de él, no hablaré más en su nombre" (v. 9). ¿Conseguirá el profeta llevar adelante su propósito?

No. El amor por Dios y por su Palabra está tan vivo en el corazón del profeta, que es inútil resistir: "intentaba contenerla, y no podía" (v. 9). La Palabra de Dios es un fuego devorador, que consume el corazón del profeta y que no le deja abandonar la misión y esconderse en una vida cómoda e instalada. Al profeta no le queda más que continuar al servicio de la Palabra, afrontando su destino de soledad y de sufrimiento, con la esperanza de que, a lo largo de su caminar, reencontrará ese amor de Dios que un día le sedujo y al cual el profeta nunca sabrá renunciar.

1.3. Actualización

Se puede realizar la reflexión considerando las siguientes cuestiones:

- ✚ La historia de Jeremías es, en términos generales, la historia de todos aquellos a los que Dios llama a ser profetas. Ser signo de Dios y de sus valores, significa enfrentarse a la injusticia, a la opresión, al pecado y, por tanto, cuestionar los intereses egoístas y las estructuras sobre las cuales, tantas veces, se construye la historia del mundo; por eso, el "camino profético" es un camino donde se lidia, permanentemente, con la incomprensión, con la soledad, con el riesgo. Dios nunca ha prometido a ningún profeta un camino fácil de glorias y de triunfos humanos. ¿Somos conscientes de eso y estamos dispuestos a seguir ese camino?

- ✚ En el bautismo, fuimos ungidos "profetas", a imagen de Cristo. ¿Somos conscientes de esa vocación a la que Dios nos ha convocado a todos? ¿Tenemos clara la noción de que somos la "boca" a través de la cual la Palabra de Dios resuena en el mundo y es dirigida a los hombres?

- ✚ En este texto, y, en general, en toda la vida de Jeremías, nos impresiona el lugar tan importante que ocupa la Palabra de Dios. Ocupó todo su corazón y lo dominó totalmente. Es una "pasión" que, a pesar de haber empujado al profeta a una historia personal de sufrimiento y de peligro, no puede ser callada ni sofocada. ¿Qué lugar ocupa la Palabra de Dios en mi vida? ¿Amo, de forma apasionada, la Palabra de Dios? ¿Estoy dispuesto a correr todos los peligros que sean necesarios para que la Palabra de Dios llegue a todos mis hermanos y renueve el mundo?

- ✚ El lamento de Jeremías no debe escandalizarnos, sino que debe ser entendido en el contexto de una situación trágica de sufrimiento intolerable. Es el grito de un corazón humano dolorido, marcado por la incomprensión de los que le rodeaban, por el abandono, por la soledad y por el aparente fracaso de la misión a la que consagró toda su vida. Es el mismo lamento de tantos hombres y mujeres, en tantos momentos dramáticos de soledad, sufrimiento, incomprensión, dolor. Es la expresión de nuestra finitud, de nuestra fragilidad, de nuestras limitaciones, de nuestra humanidad. Es precisamente en esas situaciones en las que nos dirigimos a Dios (incluso con expresiones poco apropiadas) y le decimos cuánto lo necesitamos y cuán vacía y sin sentido está nuestra vida cuando él no nos da su mano. Esos momentos no son, propiamente, momentos negativos de nuestro camino en la fe y de nuestra relación con Dios; son momentos (tal vez necesarios) de crecimiento y de maduración, en los que experimentamos nuestra fragilidad y descubrimos que, sin Dios y sin su amor, nuestra vida no tiene sentido.

Salmo responsorial

Salmo 62, 2.3 - 4.5 - 6.8 - 9

V/. Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío.

R/. **Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío.**

V/. Oh Dios, tu eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua.

R/. **Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío.**

V/. ¡Cómo te contemplaba en el santuario
viendo tu fuerza y tu gloria!
Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios.

R/. **Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío.**

V/. Toda mi vida te bendeciré
y alzaré las manos invocándote.
Me saciaré como de enjundia y de manteca
y mis labios te alabarán jubilosos.

R/. **Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío.**

V/. Porque fuiste mi auxilio,
y a la sombra de tus alas canto con júbilo;
mi alma está unida a ti,
y tu diestra me sostiene.

R/. **Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío.**

SEGUNDA LECTURA

Ofreceos vosotros mismos como sacrificio vivo

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Romanos

12, 1 - 2

Hermanos:

Os exhorto,
por la misericordia de Dios,
a presentar vuestros cuerpos
como hostia viva,
santa, agradable a Dios;
éste es vuestro culto razonable.

Y no os ajustéis a este mundo,
sino transformaos
por la renovación de la mente,
para que sepáis discernir
lo que es la voluntad de Dios,
lo bueno,
lo que agrada,
lo perfecto.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

Después de presentar su catequesis sobre el proyecto de salvación que Dios tiene para todos los hombres (cf. Rom 1,18-11,36), Pablo va a centrarse en consideraciones de carácter más práctico, destinadas a mostrar cómo debe vivir aquel que es llamado a la salvación.

Esas indicaciones prácticas aparecen en la segunda parte de la Carta a los Romanos (cf. Rom 12,1-15,13). Ahí Pablo presenta un largo discurso exhortativo, en el cual invita a los romanos (y a los creyentes en general) a comportarse de acuerdo con las exigencias de su condición de bautizados. Adherirse a Cristo, y acoger la salvación que él vino a ofrecer, no significa quedarse en el campo de las verdades teóricas y abstractas (por muy bonitas y profundas que puedan ser), sino que exige un comportamiento coherente con los valores de Jesús y con la vida nueva que él ofrece. La adhesión a Jesús implica asumir actitudes, en los distintos momentos y situaciones de la vida diaria, que sean la expresión existencial de ese dinamismo de vida nueva que es fruto del bautismo.

El texto que hoy se nos ofrece es la introducción a la segunda parte de la Carta a los Romanos y a esta reflexión práctica sobre las exigencias del camino cristiano. Se presenta como una especie de puente entre la parte teórica (primera parte de la carta) y la más práctica (segunda parte de la carta)

2.2. Mensaje

La bondad y el amor de Dios (de los que Pablo trató abundantemente en los capítulos anteriores) invitan a una respuesta del hombre. ¿Cómo debe ser esa respuesta?

Pablo invita a los creyentes a ofrecerse a sí mismo (literalmente "vuestros cuerpos". "Cuerpo" no designa, aquí, esa entidad distinta del alma, sino la persona en su totalidad, en cuanto *ser en relación*. Es el hombre en cuanto ser que se relaciona con Dios, con los demás hombres y con el mundo). Los cristianos son aquellos que se entregan completamente en las manos de Dios y que, en todos los instantes de su existencia, viven para Dios.

Esa oferta será un "sacrificio vivo, santo y agradable a Dios". Es ese "culto espiritual" (puede traducirse también como "culto lógico" o "culto razonable") el que Dios espera del hombre. El adjetivo utilizado por Pablo para referirse al culto es utilizado en contextos análogos, tanto por autores judíos como por autores griegos, para marcar la diferencia entre un culto formal y exterior, que no compromete al hombre y el culto verdadero, que brota del corazón y que compromete al hombre entero (cf. Am 5,21-25; Os 6,6; Jn 4,23-24). Los creyentes deben, por tanto, ofrecer

internamente sus vidas a Dios; y es ese el culto que Dios espera de aquellos sobre quienes derrama su misericordia y a quienes ofrece la salvación.

En la perspectiva de Pablo, ¿qué significa que el hombre ofrece íntegramente su vida a Dios?

Significa, en primer lugar, que no se ajusta a "este mundo", esto es, que mantiene una distancia crítica en relación con la forma de pensar del mundo y los valores sobre los cuales ese mundo de egoísmo y de pecado se construye. Significa, en segundo lugar, un cambio de corazón, de mentalidad y de inteligencia, que posibilite al hombre discernir cual es la voluntad de Dios, a fin de poder recorrer con fidelidad sus caminos.

El "culto espiritual" del que habla Pablo es, por tanto, la entrega a Dios de la totalidad de la vida del hombre. En su relación con Dios, con los otros hombres y con el mundo, el cristiano debe renunciar a los caminos del egoísmo, del orgullo, de la autosuficiencia, de la injusticia y del pecado; y debe procurar conocer los planes de Dios, acogerlos en el corazón y vivir en una coherencia total con sus propuestas.

2.3. Actualización

En la reflexión, considerad los siguientes elementos:

- ✚ ¿Cómo debe responder el creyente a los dones de Dios? ¿Con actos rituales solemnes y formales, con oraciones o gestos tradicionales repetidos de forma mecánica, con la ofrenda de una "limosna" para las arcas de la Iglesia, con una peregrinación a un santuario? Pablo responde: el culto que Dios quiere es el de nuestra vida, vivida en amor, en servicio, en donación, en entrega a Dios y a los hermanos. Respondemos al amor de Dios poniéndonos en sus manos, intentando captar sus propuestas, viviendo en fidelidad a sus proyectos. ¿Cómo es el culto que ofrezco a Dios: es una suma de gestos mecánicos, rituales y externos, o es una vida de entrega y de amor a Dios y a los hombres, mis hermanos?
- ✚ "No os ajustéis a este mundo", pide Pablo. El cristiano es alguien que no pacta con un mundo que se construye al margen o contra los valores de Dios. El cristiano no puede pactar con la violencia como medio para resolver los problemas, ni con la lógica materialista de conseguir las cosas a cualquier precio, ni con las leyes neoliberales que dejan atrás a una multitud de derrotados y de sufrientes, ni con las exigencias de una globalización que favorece a algunos privilegiados pero aumenta las bolsas de miseria y de exclusión, ni con la forma de organización de una sociedad que condena a la soledad a los viejos y enfermos. ¿Soy una persona cómoda, egoístamente instalada en mis cosas, consumiendo mi pequeña parcela de felicidad, o soy alguien que no se conforma y que lucha para que los planes de Dios se realicen?

- ✚ "Transformaos por la renovación de la mente", dice Pablo. ¿Estoy instalado en mis prejuicios, en mis certezas y seguridades, en mis principios inmutables, o estoy siempre en una permanente escucha de Dios, de sus caminos, de sus proyectos y propuestas?

Aleluya

Cf. Ef 1,17-18

El Padre de nuestro Señor Jesucristo
ilumine los ojos de nuestro corazón,
para que comprendamos
cuál es la esperanza a la que nos llama.

EVANGELIO

El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo

† Lectura del santo Evangelio según San Mateo

16, 21 - 27

En aquel tiempo,
empezó Jesús a explicar a sus discípulos
que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho
por parte de los senadores, sumos sacerdotes y letrados
y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día.

Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo:

— ¡No lo permita Dios, Señor! Eso no puede pasarte.

Jesús se volvió y dijo a Pedro:

— Quitate de mí vista, Satanás, que me haces tropezar;
tú piensas como los hombres, no como Dios.

Entonces dijo a los discípulos:

— El que quiera venirse conmigo
que se niegue a sí mismo,
que cargue con su cruz y me siga.

Sí uno quiere salvar su vida, la perderá;

pero el que la pierda por mí, la encontrará.

¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero,
sí malogra su vida?

¿O qué podrá dar para recobrarla?

Porque el Hijo del Hombre vendrá entre sus ángeles,
con la gloria de su Padre,
y entonces pagará a cada uno según su conducta.

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

El episodio que el Evangelio de hoy nos propone, viene a continuación del que leímos y reflexionamos el pasado Domingo. Entonces (cf. Mt 16,13-20) la comunidad de los discípulos expresaba su fe en Jesús como el "mesías, Hijo de Dios" (y sobre esa fe, dice Jesús, la Iglesia será edificada); ahora, Jesús va a explicar a ese grupo de discípulos el sentido auténtico de su mesianismo y de su filiación divina.

Continuamos, todavía, en el ámbito de la "instrucción sobre el Reino" (cf. Mt 13,1-17,27), sin embargo iniciamos, con este episodio, una sección donde se insiste en la catequesis sobre el destino de cruz que aparece en el horizonte próximo de Jesús (cf. Mt 16,21-17,27).

En esta fase, las multitudes se irán retirando y los líderes decidirán rechazar a Jesús. Quien continua acompañando a Jesús, de forma inquebrantable, es el grupo de los discípulos. Ellos creen que Jesús es el "mesías, Hijo de Dios" y quieren participar de su destino de gloria y de triunfo. Jesús, sin embargo, va a explicarles que su mesianismo no pasa por triunfos y éxitos humanos, sino por la cruz (cf. Mt 16,21-17,21), y va a avisarles de que vivir como discípulos, es seguir ese camino de entrega y de donación de la vida (cf. Mt 17,22-27).

Mateo escribe su Evangelio para comunidades cristianas de finales del siglo I (años 80-90). Son comunidades instaladas, que ya han olvidado el fervor inicial y que se han acomodado en un cristianismo tibio y poco exigente. Con la aproximación de tiempos difíciles (en el horizonte próximo están ya las grandes persecuciones de finales del siglo I), y conviene que los creyentes recuerden que el camino cristiano no es un camino fácil, recorrido entre éxitos y aplausos, sino que es un camino difícil, que exige diariamente la entrega y la donación de la vida.

3.2. Mensaje

Nuestro texto puede dividirse, claramente, en dos partes. En la primera (vv. 21-23), Jesús anuncia a los discípulos su pasión; en la segunda (vv. 24-28), Jesús presenta una instrucción sobre el significado y las exigencias de ser su discípulo.

La primera parte comienza con el anuncio de Jesús de que el camino hacia la resurrección pasa por el sufrimiento y por la muerte en cruz. No es una previsión arriesgada: después del enfrentamiento de Jesús con los líderes judíos y después de que estos rechazaran de forma absoluta la propuesta del Reino, es comprensible que el judaísmo meditara la eliminación física de Jesús. Jesús tiene conciencia de eso; sin embargo, no renuncia al proyecto del Reino y anuncia que pretende continuar presentando, hasta el final, el plan del Padre.

Pedro no está de acuerdo con este final y se opone, decididamente, a que Jesús camine en dirección a su destino de cruz. La oposición de Pedro (y de los discípulos, pues Pedro continúa siendo el portavoz de la comunidad), significa que su comprensión del misterio de Jesús todavía es muy imperfecto. Para él la misión del "mesías, Hijo de Dios" es una misión gloriosa y vencedora y, en la forma de pensar de Pedro, que es la del mundo, la victoria no puede estar en la cruz y en la entrega de la vida.

Jesús se dirige a Pedro con alguna dureza, pues es necesario que los discípulos corrijan su perspectiva sobre él y sobre el plan del Padre que vino a realizar. El plan de Dios no pasa por triunfos humanos, ni por esquemas de poder y de dominio, sino que el plan del Padre pasa por la entrega de la vida y por el amor hasta las últimas consecuencias (del que la cruz es la expresión más radical). Al pedir a Jesús que no se embarque en los proyectos del Padre, Pedro está repitiendo las tentaciones que Jesús experimentó al inicio de su ministerio (cf. Mt 4,3-10); por eso, Mateo pone en boca de Jesús la misma respuesta que, entonces, él dio al diablo: "Apártate de mí, Satanás". Las palabras de Pedro, como las del diablo anteriormente, pretenden desviar a Jesús del cumplimiento de los planes del Padre; y Jesús no está dispuesto a transigir con ninguna propuesta que le impida realizar, con amor y fidelidad, los proyectos de Dios. En la segunda parte, Jesús presenta una instrucción sobre las actitudes propias del discípulo. Quien quiera ser discípulo de Jesús, tiene que "renunciar a sí mismo", "tomar la cruz" y seguirle por su camino de amor, de entrega y de donación de la vida.

¿Qué significa, exactamente, renunciar a uno mismo? Significa renunciar a su egoísmo y autosuficiencia para hacer de la vida una entrega a Dios y a los otros. El cristiano no puede vivir cerrado en sí mismo, preocupado únicamente por realizar sus sueños personales, sus proyectos de riqueza, de seguridad, de bienestar, de dominio, de éxito, de triunfo. El cristiano debe hacer de su vida un don generoso a Dios y a los hermanos. Sólo así podrá ser discípulo de Jesús y formar parte de la comunidad del Reino.

¿Qué significa "tomar la cruz" de Jesús y seguirle? La cruz es la expresión de un amor total, radical, que se da hasta la muerte. Significa la entrega de la propia vida por amor. "Tomar la cruz" es ser capaz de gastar la vida, de forma total, por amor a Dios y para que los hermanos sean más felices.

Al final de esta instrucción, Jesús explica a los discípulos las razones por las cuales ellos deben abrazar la "cruz" (vv. 25-27). En primer lugar, Jesús les invita a entender que ofrecer la vida por amor, no es perderla, sino ganarla. Quien es capaz de dar la vida a Dios y a los hermanos, no ha fracasado; sino que ha ganado la vida eterna, la vida verdadera que Dios ofrece a quien vive de acuerdo con sus propuestas (v. 25). En segundo lugar, los discípulos son invitados a comprender que la vida que gozan en este mundo no es la vida definitiva. No deben, pues, preocuparse en preservarla a cualquier precio: deben intentar encontrar, ya en esta tierra, esa vida definitiva que

pasa por el amor total y por la donación a Dios y a los otros. Es esa la gran meta que todos deben intentar alcanzar (v. 26). En tercer lugar, los discípulos deben pensar en su encuentro final con Dios: en ese momento Dios les dará la recompensa por las opciones que realizaron. Esta alusión al momento del juicio no es rara en Mateo: recurre, con alguna frecuencia, a esta motivación para fundamentar las exigencias éticas de la vida cristiana.

3.3. Actualización

En la reflexión, considerad los siguientes datos:

- ✚ El Evangelio de este Domingo sitúa frente a frente la forma de pensar de los hombres (Pedro) y la forma de pensar de Dios (Jesús). El pensamiento de los hombres apuesta por el poder, el dominio, el triunfo, el éxito; nos asegura que la vida sólo tiene sentido si estamos del lado de los vencedores, si tenemos dinero en abundancia, si somos reconocidos y estimados por los demás. La lógica de Dios apuesta por la entrega de la vida a Dios y a los hermanos; nos asegura que la vida solo tiene sentido si asumimos los valores del Reino y vivimos en el amor, en el compartir, en el servicio, en la solidaridad, en la humildad, en la sencillez. En mi vida de cada día, estas dos perspectivas se enfrentan a cada paso. ¿Cuál es mi elección? ¿En mi perspectiva, cuál de estas dos propuestas ofrece un camino de felicidad seguro y duradero?
- ✚ Jesús se hizo uno de nosotros para realizar los planes del Padre y proponerlo a los hombres, a través del amor, del servicio de la entrega de la vida, como camino de salvación, de vida verdadera. En este texto (como, también, en otros muchos), queda claramente expresada la fidelidad radical de Jesús a ese proyecto. Por eso, él no acepta que nada ni nadie le aparte del camino de la entrega de la vida: dar crédito a la lógica del mundo es olvidar los planes de Dios y, para Jesús, una tentación diabólica que rechaza contundentemente. ¿Qué significado y qué lugar ocupan en mi vida los proyectos de Dios? ¿Me esfuerzo por descubrir la voluntad de Dios en lo que a mi respecta y en lo que respecta al mundo? ¿Estoy atento a esos "signos de los tiempos" a través de los cuales Dios me interpela? ¿Soy capaz de acoger y de vivir con fidelidad y radicalidad las propuestas de Dios, incluso cuando son exigentes y van en contra de mis intereses y proyectos personales?
- ✚ ¿Quiénes son verdaderamente los discípulos de Jesús? Muchos de nosotros hemos recibido una catequesis que insistía en ritos, en fórmulas, en prácticas de piedad, en determinadas obligaciones legales, pero que dejaba en segundo plano lo esencial: el seguimiento de Jesús. La identidad cristiana se construye alrededor de Jesús y de su propuesta de vida. Que ninguno de nosotros tenga la menor duda: ser cristiano es mucho más que estar bautizado, estar casado por

la Iglesia, organizar la fiesta del patrón de la Parroquia, o llevarse bien con el cura. Ser cristiano es, esencialmente, seguir a Jesús por el camino del amor y de la entrega de la vida. El cristiano es aquel que hace de Jesús la referencia fundamental alrededor del cual edifica toda su existencia; y es aquel que renuncia a sí mismo y que toma la misma cruz de Jesús.

- ✚ ¿Qué significa "renunciar a uno mismo"? Es no dejar que el egoísmo, el orgullo, la comodidad, la autosuficiencia dominen la vida de uno. El seguidor de Jesús no debe vivir cerrado, indiferente a los dramas que suceden a su alrededor, insensible a las necesidades de los hermanos, alejado de las luchas y reivindicaciones de los demás hombres, sino que vive para Dios y en solidaridad y en servicio de los hermanos.

- ✚ ¿Qué significa "tomar la cruz"? Es amar hasta las últimas consecuencias, hasta la muerte. El seguidor de Jesús es aquel que está dispuesto a dar la vida para que sus hermanos sean más libres y más felices. Por eso el cristiano no tiene miedo de luchar contra la injusticia, la explotación, la miseria, el pecado, incluso cuando eso signifique afrontar la muerte, la tortura, las represalias de los poderosos.

SUGERENCIAS PRÁCTICAS

22º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

1. La liturgia meditada a lo largo de la semana.

A lo largo de los días de la semana anterior al Domingo 22º del tiempo Ordinario, intentad meditar la Palabra de Dios de este domingo. Meditadla personalmente, una lectura cada día, por ejemplo. Elegid un día de la semana para la meditación comunitaria de la Palabra: en un grupo parroquial, en un grupo de padres, en un grupo de un movimiento eclesial, en una comunidad religiosa.

2. El misterio del silencio. “Si alguien quiere seguirme, tome su cruz...”

A lo largo de la celebración, la señal de la cruz, la introducción inicial, las invocaciones del rito penitencial, la oración de los fieles, la monición al rito de la paz... pueden hacer eco de las cruces, visibles y escondidas, llevadas por cada uno y por la humanidad entera. El rito penitencial puede desarrollarse con toda la asamblea vuelta hacia la cruz.

3. Oración en la lectio divina.

En la meditación de la Palabra de Dios, se puede alargar la acogida de las lecturas con oración.

Al final de la primera lectura: *Te alabamos por el profeta Jeremías y por la disponibilidad que mostró en las misiones que le confiaste. Te alabamos por el fuego devorador de tu amor que nos seduce y nos une a ti. Te pedimos por los mensajeros de tu Palabra y por nosotros, tus fieles, encargados de dar testimonio en toda nuestra vida. Que tu Espíritu nos haga fuertes.*

Al final de la segunda lectura: *Te damos gracias por tu voluntad de salvación que nos manifestaste con perseverancia desde los tiempos antiguos y por la adoración verdadera a la cual tu Hijo nos asocia, por el sopro interior de tu Espíritu. Te pedimos que renueves nuestra forma de pensar, enséñanos a reconocer lo que es bueno, lo que te agrada, para la salvación del mundo.*

Al final del Evangelio: *Jesús, Mesías, Hijo de Dios vivo; te damos gracias por tu subida a Jerusalén, por tu Pasión que consumaste con valor por nuestra causa, y que mostraste que podía convertirse en camino de resurrección. Cuando te ponemos obstáculos, llevador por la debilidad de la carne, te pedimos no permitas que caigamos en la tentación.*

4. Plegaria Eucarística.

Podría optarse por la Plegaria Eucarística III cuya epiclesis hacen eco de la segunda lectura.

5. Palabra para el camino.

Perfiles de discípulo.

A través de las lecturas de este domingo, tenemos tres perfiles de discípulo:

- PEDRO – que rechaza la cruz para Jesús y también para sí mismo;
- PAULO – que nos invita a superar los modelos del mundo para que nuestras vidas estén de acuerdo con la voluntad de Dios;
- JEREMÍAS – que, más allá de todas las dificultades encontradas, se deja seducir por el amor del Señor.

¿Y nosotros? ¿Que género de discípulos somos?